La Fastuosa Voz de Vicente Gerbasi

Por PLA Y BELTRAN

Al "venimos de la noche y hacia la noche vamos" sucede ahora, en la poética de Vicente Gerbasi, la entrada a un mundo si cabe más mágico, más plástico, más espontáneamente fastuoso, donde todo vive como en un resplandor. Aquí el poeta sigue amando a esa gente sonámbula que del mundo sólo conoce esta tierra roja, estas colinas rojas; pero la vegetación ya no crece tan amarga y sedienta como antes, ni oye el poeta pasos, voces y cantos quejumbrosos, ni por la tarde ve con angustia que llevan un ataúd hacia la noche. Aquí, en "Por Arte de Sol", el poeta se recluye como en un espacio cálido y, sumergido en el ámbito de la memoria, evoca la sombre de otros días, la magia de otros tiempos: "Este es un tiempo remoto, y es un tiempo presente". La voz del hombre aquí, aunque impregnada de suave melancolía, vibra ya "en un ámbito donde todo movimiento halla su color".

Vicente Gerbasi sigue, desde luego, una misma constante de inspiración y de revelación: un amor terrígeno, vasto e inquebrantable tendido hacia las tierras venezolanas, y una pasión sumisa, pero centelleante, revelando el ser y el existir de las criaturas que habitan dichas tierras, el hombre, la pastora, el paciente ánimal, los crepitantes insectos, las aves mágicas, la casa y sus espacios de penumbrosas maderas... También, el trueno que oscurece la montaña y que, en su edad solar, le hacía reconocer el poder de las tinieblas: "Así mi edad reconocía las tinieblas". Los huesos pesan, sostenidos por nuestras propias manos —como "la soledad ocre de los alfareros" y "la luz de los granados"—; pero el suyo no es ahora el peso de la muerte. Aunque nuestra grandeza esté hecha de existencia y de muerte, la muerte, aquí, ha sido prácticamente desterrada, o, al menos, desposeída de su cruel sudario. "Tomemos el vino que el hombre ha madurado en los toneles —canta el poeta—, y oigamos las maderas de las guitarras que pudieron ser ataúdes". ¡Qué pudieron ser ataúdes, pero que son guitarras!

La poesía de "Por Arte de Sol", surgida en buena parte del averío de la memoria, no tiende a la elegía sino al nacimiento, a la amorosa aceptación de ciertas zonas entrevistas por el poeta y hasta ahora no reveladas: la posesión de un espacio cálido, de una claridad o de un intenso deslumbramiento: "Así anduve por estas tierras de supersticiones, mirando el humo espectral del verano..." "Otras razas dejaron sus túmulos al borde de los desiertos. Sobre ello estuvo la luna como una araña". O: "Aquí todo vive en un resplandor, como en la soledad de una guitarra, y la casa comienza su viaje hacia los astros que arden entre las espigas".

Vicente Gerbasi, ya desposeído de todo vestigio de sombra y muerte, entra ahora en su luz total, en la cima áurea de su poesía.